

Esto mismo presumí.)  
¿No veis que os han de matar  
Ahora?

ENRICO.  
¿Quiere callar,  
Hermano, y dejarme aquí?  
Si esos señores ladrones  
Me dieran muerte, aquí estoy.

PAULO. (Ap.)  
¿En qué grandes confusiones  
Tengo el alma!

ENRICO.  
Yo no doy  
A nadie satisfacciones.

PAULO.  
A Dios sí.

ENRICO.  
Si Dios ya sabe  
Que soy tan gran pecador,  
¿Para qué?

PAULO.  
¡Delito grave!  
Para que su sacro amor  
De darle perdon acabe.

ENRICO.  
Padre, lo que nunca he hecho,  
Tampoco he de hacer ahora.

PAULO.  
Duro peñasco es su pecho.

ENRICO.  
Galvan, ¿qué hará la señora  
Celia?

GALVAN.  
Puesto en tanto estrecho,  
¿Quién se ha de acordar de nada?

PAULO.  
No se acuerde desas cosas.

ENRICO.  
Padre mio, ya me enfada.

PAULO.  
Estas palabras piadosas  
¿Le ofenden?

ENRICO.  
Cosa es cansada,  
Pues si no estuviera atado,  
Ya yo le hubiera arrojado  
De una coz dentro del mar.

PAULO.  
Mire que le han de matar.

ENRICO.  
Ya estoy de aguardar cansado.

GALVAN.  
Padre, confiésemme a mí,  
Que ya pienso que estoy muerto.

ENRICO.  
Quite esa liga de aquí,  
Padre.

PAULO.  
Sí haré, por cierto.  
(Quita la venda á Enrico, y despues á Galvan.)

ENRICO.  
Gracias á Dios que ya vi.

GALVAN.  
Y á mi tambien.

PAULO.  
En buen hora,  
Y vuelvan la vista ahora  
A los que á matarlos vienen.

### ESCENA XVII.

BANDOLEROS, con escopetas y ballestas.  
— DICHOS.

ENRICO.  
Pues ¿para qué se detienen?

PEDRISCO.  
Pues que ya su fin no ignora,  
Digo, ¿porqué no confiesa?

ENRICO.  
No me quiero confesar.

PEDRISCO. (A un bandolero.)  
Celio, el pecho le atraviesa.

PAULO.  
Dejad que le vuelva á hablar.  
Desesperacion es esa.

PEDRISCO.  
Ea, llegalde á matar.

PAULO.  
Deteneos, (¡ triste pena! )  
Porque si este se condena,  
Me queda mas que dudar.

ENRICO.  
Cobardes sois : ¿no llegais,  
Y puerta á mi pecho abris?

PEDRISCO.  
Desta vez no os detengais.

PAULO.  
Aguardad, que si le heris,  
Mas confuso me dejais.—  
Mira que eres pecador,  
Hijo.

ENRICO.  
Y del mundo el mayor :  
Ya lo sé.

PAULO.  
Tu bien espero.  
Confíesate á Dios.

ENRICO.  
No quiero,  
Cansado predicador.

PAULO.  
Pues salga del pecho mio,  
Si no dilatado rio  
De lágrimas, tanta copia,  
Y se anegue el alma propia,  
Pues ya de Dios desconfío.

ENRICO.  
Dejad de cubrir, sayal,  
Mi cuerpo, pues está mal,  
Segun siente el corazon,  
Una rica guarnicion  
Sobre tan falso cristal.

PAULO. (Desnudase el saco de ermitaño.)  
En mis torpezas resbalo,  
Y á la culebra me igualo;  
Mas mi parecer condeno,  
Porque yo desecho el bueno,  
Mas ella desecha el malo.

ENRICO.  
Mi adverso fin no resisto,  
Pues mi desventura he visto,  
Y da claro testimonio  
El vestirme de demonio,  
Y el desnudarme de Cristo.  
Colgad ese saco ahí,  
Para que diga (¡ ay de mí! ) :  
« En tal puesto me colgó  
Paulo, que no mereció  
La gloria que encierro en mí. »

PAULO.  
Dadme la daga y la espada :  
Esa cruz podeis tomar ;  
Ya no hay esperanza en nada,  
Pues no me sé aprovechar  
De aquella sangre sagrada.  
Desatados.

ENRICO. (Los bandoleros sueltan á Enrico y á Galvan.)  
Ya lo estoy,  
Y lo que he visto no creo.

GALVAN.  
Gracias á los cielos doy.

ENRICO.  
Saber la verdad deseo.

PAULO.  
¿Qué desdichado que soy!  
¡ Ah Enrico! nunca nacieras,  
Nunca tu madre te echara  
Donde gozando la luz,  
Fuiste de mis males causa ;  
O pluguiera á Dios que ya  
Que infundido el cuerpo y alma,  
Saliste á luz, en sus brazos  
Te diera la muerte un ama,  
Un leon te deshiciera,  
Una osa despedazara  
Tus tiernos miembros entonces,  
O cayeras en tu casa  
Del mas altivo balcon,  
Primero que á mi esperanza  
Hubieras cortado el hilo.

ENRICO.  
Esta novedad me espanta.

PAULO.  
Yo soy Paulo, un ermitaño,  
Que dejé mi amada patria  
De poco mas de quince años,  
Y en esta oscura montaña  
Otros diez serví al Señor.

ENRICO.  
¿Qué ventura!

PAULO.  
¡ Qué desgracia!  
Un ángel, rompiendo nubes  
Y cortinas de oro y plata,  
Preguntándole yo á Dios  
Qué fin tendria, « Repara,  
(Me dijo) : vé á la ciudad,  
Y verás á Enrico, (¡ ay alma! )  
Hijo del noble Anareto,  
Que en Nápoles tiene fama.  
Advierte bien en sus hechos,  
Y contempla en sus palabras ;  
Que si Enrico al cielo fuere,  
El cielo tambien te aguarda ;  
Y si al infierno, el infierno. »  
Yo entonces imaginaba  
Que era algun santo este Enrico ;  
Pero los deseos se engañan.  
Fui allá, vite luego al punto,  
Y de tu boca y por fama  
Supe que eras el peor hombre  
Que en todo el mundo se halla.  
Y así, por tener tu fin,  
Quitéme el saco, y las armas  
Tomé, y el cargo me dieron  
Desta foragida escuadra.  
Quise probar tu intencion,  
Por saber si te acordabas  
De Dios en tan fiero trance ;  
Pero salíome muy vana.  
Volví á desnudarme aquí,  
Como viste, dando al alma  
Nuevas tan tristes, pues ya  
La tiene Dios condenada.

ENRICO.  
Las palabras que Dios dice  
Por un ángel, son palabras,  
Paulo amigo, en que se encierran  
Cosas que el hombre no alcanza.  
No dejara yo la vida  
Que seguías ; pues fué causa  
De que quizá te condenes  
El atreverte á dejarla.  
Desesperacion ha sido  
Lo que has hecho, y aun venganza  
De la palabra de Dios,  
Y una oposicion tirana  
A su inflexible poder :  
Y al ver que no deservaina  
La espada de su justicia  
Contra el rigor de tu causa ;  
Veo que tu salvacion  
Desea ; mas ¿ qué no alcanza

PAULO.  
A aquella piedad divina  
Blason de que mas se alaba?  
Yo soy el hombre mas malo  
Que naturaleza humana  
En el mundo ha producido ;  
El que nunca habló palabra  
Sin juramento ; el que á tantos  
Hombres dió muertes tiranas ;  
El que nunca confesó  
Sus culpas, aunque son tantas.  
El que jamas se acordó  
De Dios y su Madre Santa ;  
Ni aun ahora lo hiciera,  
Con ver puestas las espadas  
A mi valeroso pecho ;  
Mas siempre tengo esperanza  
En que tengo de salvarme ;  
Puesto que no va fundada  
Mi esperanza en obras mias,  
Sino en saber que se humana  
Dios con el mas pecador,  
Y con su piedad se salva.  
Pero ya, Paulo, que has hecho  
Ese desatino, traiza  
De que alegres y contentos  
Los dos en esta montaña  
Pasemos alegre vida,  
Mientras la vida se acaba.  
Un fin ha de ser el nuestro :  
Si fuere nuestra desgracia  
El carcer de la gloria  
Que Dios al bueno señala,  
Mal de muchos gozo es ;  
Pero tengo confianza  
En su piedad, porque siempre  
Vence á su justicia sacra.

PAULO.  
Consoládome has un poco.

GALVAN.  
Cosa es, por Dios, que me espanta.

PAULO.  
Vamos donde descansenis.

ENRICO. (Ap. ¡ Ay padre de mis entrañas! )  
Una joya, Paulo amigo,  
En la ciudad olvidada  
Se me queda ; y aunque temo  
El rigor que me amenaza,  
Si allá vuelvo, he de ir por ella  
Pereciendo en la demanda.  
Un soldado de los tuyos  
Irá conmigo.

PAULO.  
Pues vaya  
Pedrisco, que es animoso.

PEDRISCO. (Ap.)  
Por Dios, que ya me espantaba  
Que no encontrara conmigo.

PAULO.  
Dalde la mejor espada  
A Enrico, y en esas yeguas  
Que al ligero viento igualan,  
Os pondréis allá en dos horas.

GALVAN. (A Pedrisco.)  
Yo me quedo en la montaña  
A hacer tu oficio.

PEDRISCO. (A Galvan.)  
Yo voy  
Donde paguen mis espaldas  
Los delitos que tú has hecho.

ENRICO.  
Adios, amigo.

PAULO.  
El nombre para abrazarte.

ENRICO.  
Aunque malo, confianza  
Tengo en Dios.

PAULO.  
Yo no la tengo

Quando son mis culpas tantas.  
Muy desconfiado soy.

ENRICO.  
Aquesa desconfianza  
Te tiene de condenar.

PAULO.  
Ya lo estoy ; no importa nada.  
¡ Ah Enrico! nunca nacieras.

ENRICO.  
Es verdad ; mas la esperanza  
Que tengo en Dios, ha de hacer  
Que haya piedad de mi causa.

### ACTO TERCERO.

Cárcel con rejas en el fondo por donde se ve una calle.

#### ESCENA PRIMERA.

ENRICO, PEDRISCO.

PEDRISCO.  
¡ Buenos estamos los dos! (1)

ENRICO.  
¿ Qué diablos estás llorando?

PEDRISCO.  
¿ Qué diablos he de llorar?  
¿ No puedo yo lamentar  
Pecados que estoy pagando  
Sin culpa?

ENRICO.  
¿ Hay vida como esta?

PEDRISCO.  
¡ Cuerpo de Dios con la vida!

ENRICO.  
¿ Fáltate aquí la comida?  
¿ No tienes la mesa puesta  
A todas horas?

PEDRISCO.  
¿ Qué importa  
Que la mesa llegue á ver,  
Si no hay nada que comer?

ENRICO.  
De necedades acorta.

PEDRISCO.  
Alarga tú de comida.

ENRICO.  
¿ No sufrirás como yo?

PEDRISCO.  
Que pague aquel que pecó,  
Es sentencia conocida ;  
Pero yo que no pequé,  
¿ Porqué tengo de pagar?

ENRICO.  
Pedrisco, ¿ quieres callar?

PEDRISCO.  
Enrico, yo callaré :  
Pero la hambre al fin hará  
Que hable el que muerto se vió,  
Y que calle aquel que habló  
Mas que un correo.

ENRICO.  
¿ Que ya  
De la cárcel!

PEDRISCO.  
Desde el dia que aquí entré,  
He llegado á presumir  
Que hemos de salir los dos...

ENRICO.  
Pues ¿ de qué estamos turbados?

PEDRISCO.  
Para ser ajusticiados,  
Si no lo remedia Dios.

PAULO.  
Yo no la tengo

ENRICO.  
No hayas miedo.

PEDRISCO.  
Bueno está ;  
Pero teme el corazon  
Que hemos de danzar sin son.

ENRICO.  
Mejor la suerte lo hará.

### ESCENA II.

CELIA y LIDORA, en la calle. — ENRICO, PEDRISCO.

CELIA. (Deteniéndose frente á una ventana de la cárcel.)

No quisiera que las dos,  
Aunque á nadie tengo miedo,  
Fuéramos juntas.

LIDORA.  
Bien puedo,  
Pues soy criada, ir con vos.

ENRICO.  
Quedo, que Celia es aquesta.

PEDRISCO.  
¿ Quién?

ENRICO.  
Quien mas que á sí me adora.  
Mi remedio llega ahora.

PEDRISCO.  
Bravamente me molesta  
La hambre.

ENRICO.  
¿ Tienes acaso  
En que echar todo el dinero  
Que ahora de Celia espero?

PEDRISCO.  
Con toda el hambre que paso,  
Me he acordado, vive Dios,  
De un talego que aquí tengo.  
(Saca un talego.)

ENRICO.  
Pequeño es.

PEDRISCO.  
A pensar vengo  
Que estamos locos los dos :  
Tú en pedirle, en darle yo.

ENRICO.  
¿ Celia hermosa de mi vida!

CELIA. (Ap.)  
¡ Ay de mí! yo soy perdida.  
(A Lidora.)

ENRICO.  
Enrico es el que llamó.  
(Llegándose á la ventana.)

PEDRISCO.  
Señor Enrico,  
¿ Señor?

ENRICO.  
No es buena tanta crianza.

ENRICO.  
Ya no tenia esperanza,  
Celia, de tan gran favor.

CELIA.  
¿ En qué puedo yo servirlos?  
¿ Cómo estais, Enrico?

ENRICO.  
Bien,  
Y ahora mejor, pues ven  
A costa de mil suspiros,  
Mis ojos los tuyos graves.

CELIA.  
Yo os quiero dar....

PEDRISCO.  
¿ Linda cosa!  
¡ Oh! ¡ qué mujer tan hermosa!  
¿ Qué palabras tan sñaves!  
Alto, prevengo el talego.  
Pienso que no ha de caber...

(1) Verso suelto.

ENRICO.  
Celia, quisiera saber  
Qué me das.

CELIA.  
Daréte luego (1),  
Para que salgas de afan.... (2)  
ENRICO. (A Pedrisco.)  
Ya lo ves (3).

PEDRISCO.  
Tu dicha es llana.

CELIA.  
Las nuevas de que mañana  
A ajusticiaros saldrán.

PEDRISCO.  
El talego está ya lleno y  
Otro es menester buscar.

ENRICO.  
¿Que aquesto llegue á escuchar!  
Celia, escucha.

PEDRISCO.  
¿Aquesto es bueno!

CELIA.  
Ya estoy casada.

ENRICO.  
¿Casada!

ENRICO.  
¿Vive Dios!

PEDRISCO.  
Tente.

ENRICO.  
¿Qué aguardo?

¿Con quién, Celia?

CELIA.  
Con Lisardo,  
Y estoy muy bien empleada.

ENRICO.  
Mataréle.

CELIA.  
Dejaos deso,  
Y poneos bien con Dios;  
Que es lo que os importa á vos (4).

LIDORA.  
Vamos, Celia.

ENRICO.  
Pierdo el seso.

CELIA.  
Celia, mira.

ENRICO.  
Estoy de prisa.

PEDRISCO.  
Por Dios, que estoy por reirme.

CELIA.  
Ya sé que quereis decirme:  
Que se os diga alguna misa.  
Yo lo haré; quedad con Dios.

ENRICO.  
¿Quién rompiera aquestas rejas!

LIDORA.  
No escuches, Celia, mas quejas;  
Vámonos de aquí las dos.

ENRICO.  
¿Que esto sufro! ¿Hay tal crueldad?

PEDRISCO.  
¿Lo que pesa este talego!

CELIA.  
¿Que braveza!

ENRICO.  
Yo estoy ciego.

¿Hay tan grande libertad?  
(Vase Celia y Lidora.)

**ESCENA III.**  
ENRICO, PEDRISCO.  
Yo no entiendo la moneda  
Que hay en aqueste talego  
(1) (2) (3) (4) Suplidos.

Que vive Dios, que no pesa  
Una paja.

ENRICO.  
¿Santos cielos!  
¿Que aquestas afrentas sufra!  
¿Cómo no rompo estos hierros?  
¿Cómo estas rejas no arranco?

PEDRISCO.  
Detente.

ENRICO.  
Déjame, necio.  
Vive Dios, que he de rompellas,  
Y he de castigar mis celos!

PEDRISCO.  
Los porteros vienen.

ENRICO.  
Vengan.

**ESCENA IV.**  
DOS PORTEROS, PRESOS.—DICHOS.

PORTERO 1.º  
¿Ha perdido acaso el seso  
El homicida ladrón?  
Moriré si no me vengo.

ENRICO.  
De mi cadena haré espada.  
(Rompe la cadena que le sujetaba, y  
da con ella tras el portero y los pre-  
sos.)

PEDRISCO.  
Que te detengas te ruego.

PORTERO 1.º  
Asilde, matalde, muera.

ENRICO.  
Hoy veréis, infames presos,  
De los celos el poder  
En desesperados pechos.  
(El portero 1.º y los presos huyen. En-  
rico los persigue fuera del teatro.)

PORTERO 2.º  
Un eslabon me alcanzó  
Y dió conmigo en el suelo.

ENRICO. (Volviendo á la escena.)  
¿Por qué, cobardes, huís?

PEDRISCO.  
Un portero deja muerto.

VOCES. (Dentro.)  
A matarle.

ENRICO.  
¿Qué es matar?

A falta de noble acero,  
No es mala aquesta cadena  
Con que mis agravios vengo  
¿Para qué de mi huís?

PEDRISCO.  
Al alboroto y estruendo  
Se ha levantado el alcaide.

**ESCENA V.**  
EL ALCAIDE, CARCELEROS.—ENRICO,  
PEDRISCO, EL PORTERO 2.º

ALCAIDE.  
¿Hola! tenos. ¿Qué es esto?  
(Los carceleros se apoderan de Enrico.)

PORTERO 2.º  
Ha muerto aqueso ladrón  
A Fidelio.

ALCAIDE.  
Vive el cielo,  
Que á no saber que mañana  
Dando público escarmiento  
Has de morir ahorcado,  
Que hiciera en tu aleve pecho  
Mil bocas con esta daga.

ENRICO.  
¿Que esto sufro, Dios eterno!

¿Que me maltraten así!  
Fuego por los ojos vierto.  
No pienses, alcaide infame,  
Que te tengo algun respeto  
Por el oficio que tienes,  
Sino porque mas no puedo;  
Que á poder, ¡ah cielo airado!  
Entre mis brazos soberbios  
Te hiciera dos mil pedazos;  
Y despedazado el cuerpo  
Me le comiera á bocados,  
Y que no quedara, pienso,  
Satisfecho de mi agravio.

ALCAIDE.  
Mañana á las diez verémos  
Si es mas valiente un verdugo  
Que todos vuestros aceros.  
Otra cadena le echad.

ENRICO.  
Eso sí, vengan mas hierros;  
Que de hierros no se escapa  
Hombre que tantos ha hecho.

ALCAIDE.  
Metelde en un calabozo.

ENRICO.  
Aqueso sí es justo premio;  
Que hombre de Dios enemigo,  
No es justo que mire el cielo.  
(Llévante.)

PEDRISCO.  
¿Pobre y desdichado Enrico!

PORTERO 2.º  
Mas desdichado es el muerto;  
Que el cadenazo cruel  
Le echó en la tierra los sesos.

PEDRISCO.  
Ya quieren dar la comida.

UN CARCELERO. (Dentro.)  
Vayan llegando, mancebos,  
Por la comida.

PEDRISCO.  
En buen hora,  
Porque mañana sospecho  
Que han de añudarme el tragar,  
Y será acertado medio  
Que lleve la alforja hecha  
Para que allá convidemos  
A los demonios magnates  
A la entrada del infierno. (Vase.)

Un calabozo.

**ESCENA VI.**  
ENRICO.  
En lóbrega confusion,  
Ya, valiente Enrico, os veis,  
Pero nunca desmayeis;  
Tened fuerte corazón;  
Porque aquesta es la ocasion  
En que teneis de mostrar  
El valor que os ha de dar  
Nombre altivo, ilustre fama.  
Mirad.....

UNA VOZ. (Dentro.)  
Enrico.

ENRICO.  
¿Quién llama?

Esta voz me hace temblar.  
Los cabellos erizados  
Pronostican mi temor;  
Mas ¿dónde está mi valor?  
¿Dónde mis hechos pasados?

LA VOZ.  
Enrico.

ENRICO.  
Muchos cuidados  
Siente el alma. ¡Cielo santo!  
¿Cuya es voz que tal espanto

Infunde en el alma mia?  
LA VOZ.

Enrico.

ENRICO.  
A llamar porfia.  
De mi flaqueza me espanto.  
A esta parte la voz suena,  
Que tanto temor me da.  
¿Si es algun preso que está  
Amarrado á la cadena?  
Vive Dios, que me da pena.

(1)

**ESCENA VII.**

EL DEMONIO. — DICHO.

DEMONIO. (Invisible para Enrico.)  
Tu desgracia lastimosa  
Siento.

ENRICO.  
¿Qué confuso abismo!  
No me conozco á mi mismo,  
Y el corazón no reposa.  
Las alas está batiendo  
Con impulso de temor:  
Enrico, ¿este es el valor? —  
Otra vez se oye el estruendo.

DEMONIO.  
Librarte, Enrico, pretendo.

ENRICO.  
¿Cómo te puedo creer,  
Voz, si no llego á saber  
Quién eres y adónde estás?

DEMONIO.  
Pues agora me verás.  
(Aparécese como en forma de una  
sombra.)

ENRICO.  
Ya no te quisiera ver.

DEMONIO.  
No temas.

ENRICO.  
Un sudor frio  
Por mis venas se derrama.

DEMONIO.  
Hoy cobrarás nueva fama.

ENRICO.  
Poco de mis fuerzas fio.  
No te acerques.

DEMONIO.  
Desvarío.  
Es el temer la ocasion.

ENRICO.  
Sosígate, corazón.  
(A una señal del Demonio se abre un  
portillo en la pared.)

DEMONIO.  
¿Ves aquel postigo?

ENRICO.  
Si.

DEMONIO.  
Pues salte por él, y así  
No estarás en la prision.

ENRICO.  
¿Quién eres?

DEMONIO.  
Salte al momento,  
Y no preguntes quién soy,  
Que yo tambien preso estoy,  
Y que te libres intento.

ENRICO.  
¿Qué me dices, pensamiento?  
¿Libraréme? Claro está:  
Aliento el temor me da  
De la muerte que me aguarda.  
Voime. Mas ¿quién me acobarda?  
Mas otra voz suena ya.

(Cantan dentro.)

Deten el paso violento;

(1) Falta un verso para la décima.

EL CONDENADO.

Mira que te está mejor  
Que de la prision librate,  
El estarte en la prision.

ENRICO.  
Al revés me ha aconsejado  
La voz que en el aire he oido,  
Pues mi paso ha detenido,  
Si tú le has acelerado.  
Que me está bien he escuchado  
El estar en la prision.

DEMONIO.  
Esa, Enrico, es ilusion  
Que te representa el miedo.

ENRICO.  
Yo he de morir si me quedo:  
Quiérome ir; tienes razon.

(Cantan.)  
Detente, engañado Enrico,  
No huyas de la prision;  
Pues morirás si salieres,  
Y si te estuvieres, no.

ENRICO.  
Que si salgo he de morir,  
Y si quedo viviré,  
Dice la voz que escuché.

DEMONIO.  
¿Que al fin no te quieres ir?

ENRICO.  
Quedarme es mucho mejor.

DEMONIO.  
Atribúyelo á temor;  
Pero pues tan ciego estás,  
Quédate preso, y verás  
Cómo te ha estado peor. (Vase.)

**ESCENA VIII.**

ENRICO.  
Desapareció la sombra,  
Y confuso me dejé.  
¿No es este el portillo? No.  
Este prodigio me asombra.  
¿Estaba ciego yo, ó vi  
En la pared un portillo?  
Pero yo me maravillo  
Del gran temor que hay en mí.  
¿No puedo salirme yo?  
Si, bien me puedo salir.  
Pues ¿cómo...? — ¿Que he de morir!

La voz me atemorizó.  
Algun gran daño se infiere  
De lo turbado que fui.  
No importa, ya estoy aquí  
Para el mal que me viniere.

**ESCENA IX.**

EL ALCAIDE, con la sentencia. — EN-  
RICO.

Yo solo tengo de entrar:  
Los demas pueden quedarse. —  
Enrico.

ENRICO.  
¿Qué me mandais?

ALCAIDE. (Ap.)  
En los rigurosos trances.  
Se echa de ver el valor:  
Ahora podréis mostrarle.  
Estad atento.

ENRICO.  
Decid.

ALCAIDE. (Ap.)  
Aun no ha mudado el semblante.

«En el pleito que es entre partes, de  
la una el promotor fiscal de su Majes-  
tad ausente, y de la otra, reo acusado,  
» Enrico, por los delitos que tiene en el  
» proceso, por ser matador, facinero-

so, incorregible y otras cosas. — Vis-  
ta, etc.—Fállamos que le debemos de  
condenar y condenamos á que sea sa-  
cado de la cárcel donde está, con sogá  
á la garganta y pregones delante que  
digan su delito, y sea llevado á la plaza  
pública, donde estará una borca de  
tres palos, alta del suelo, en la cual  
sea ahoreado naturalmente. Y ninguna  
persona sea osada á quitalle della  
sin nuestra licencia y mandado. Y por  
esta sentencia definitiva juzgando, así  
lo pronunciamos y mandamos, etc.»

ENRICO.  
¿Que aquesto escuchando estoy!

ALCAIDE.  
¿Qué dices?

ENRICO.  
Mira, ignorante,  
Que eres opuesto muy flaco  
A mis brazos arrogantes;  
Porque si no, yo te hiciera.....

ALCAIDE.  
Nada puede remediarse  
Con arrogancias, Enrico:  
Lo que aquí es mas importante  
Es poneros bien con Dios.

ENRICO.  
¿Y vienes á predicarme  
Con leerme la sentencia?  
Vive Dios, canalla infame,  
Que he de dar fin con vosotros.

ALCAIDE.  
El demonio que te aguarde. (Vase.)

**ESCENA X.**

ENRICO.  
Ya estoy sentenciado á muerte:  
Ya mi vida miserable  
Tiene de plazo dos horas.  
Voz que mi daño causaste,  
¿No dijiste que mi vida  
Si me quedaba en la cárcel  
Sería cierta? ¡Triste suerte!  
Con razon debo culparte,  
Pues en esta cárcel muero,  
Cuando pudiera libramme.

**ESCENA XI.**

EL PORTERO 2.º — ENRICO.

PORTERO 2.º  
Dos padres de San Francisco  
Están para confesarte  
Aguardando afuera.

ENRICO.  
¿Bueno!

¿Por Dios que es gentil donaire!  
Digan que se vuelvan luego  
A su convento los frailes,  
Si no es que quieran saber  
A lo que estos hierros saben.

PORTERO 2.º  
Advierte que has de morir.

ENRICO.  
Moriré sin confesarme;  
Que no ha de pagar ninguno  
Las penas que yo pasare.

PORTERO 2.º  
¿Qué mas hiciera un gentil?

ENRICO.  
Esto que le he dicho, baste;  
Que por Dios, si me amolino,  
Que ha de llevar las señales  
De la cadena en el cuerpo.

PORTERO 2.º  
No aguardo mas. (Vase.)

ENRICO.  
Muy bien hace.

(2) Falta un verso para la décima.

## ESCENA XII.

ENRICO.  
¿Qué cuenta daré yo á Dios  
De mi vida, ya que el trance  
Ultimo llega de mí?  
¿Yo tengo de confesarme?  
Parece que es necesidad.  
¿Quién podrá ahora acordarse  
De tantos pecados viejos?  
¿Qué memoria habrá que baste  
A recorrer las ofensas  
Que á Dios he hecho? Mas vale  
No tratar de aquestas cosas.  
Dios es piadoso y es grande:  
Su misericordia alabo;  
Con ella podré salvarme.

## ESCENA XIII.

PEDRISCO. — ENRICO.  
PEDRISCO.  
Advierte que has de morir,  
Y que ya aquestos dos padres  
Están de aguardar cansados.  
ENRICO.  
¿Pues he dicho yo que aguarden?  
PEDRISCO.  
¿No crés en Dios?  
ENRICO.  
Juro á Cristo,  
Que pienso que he de enojarme,  
Y que en los padres y en tí  
He de vengar mis pesares.  
Demonios, ¿qué me queréis?  
PEDRISCO.  
Antes pienso que son ángeles  
Los que esto á decirte vienen.  
ENRICO.  
No acabes de amohinarme;  
Que por Dios, que de una coz  
Te eche fuera de la cárcel.  
PEDRISCO.  
Yo te agradezco el cuidado.  
ENRICO.  
Véte fuera y no me canses.  
PEDRISCO.  
Tú te vas, Enrico mio,  
Al infierno como un padre.

## ESCENA XIV.

ENRICO.  
Voz, que por mí mal te oí  
En esa region del aire,  
¿Fuiсте de algun enemigo  
Que así pretendió vengarse?  
¿No dijiste que á mi vida  
La importaba de la cárcel  
No hacer ausencia? Pues dí  
¿Cómo quieren ya sacarme  
A justiciar? Falsa fuiste;  
Pero yo tambien cobarde,  
Pues que me pude salir  
Y no dar venganza á nadie.  
Sombra triste, que piadosa  
La verdad me aconsejaste,  
Vuelve otra vez, y verás  
Cómo con pecho arrogante  
Salgo á tu tremenda voz  
De tantas escuridades. —  
Gente suena; ya sin duda  
Se acerca mi fin.

## ESCENA XV.

ANARETO, EL PORTERO 2.º — ENRICO.  
PORTERO 2.º  
Habla de,  
Podrá ser que vuestras canas  
Muevan tan duro diamante.

ANARETO.  
Enrico, querido hijo,  
Puesto que en verte me aflijo  
De tantos hierros cargado,  
Ver que pagues tu pecado  
Me da sumo regocijo.  
¿Venturoso del que acá,  
Pagando sus culpas, va  
Con firme arrepentimiento;  
Que es pintado este tormento  
Si se compara al de allá!  
La cama, Enrico, dejé,  
Y arrimado á este bordon  
Por quien me sustentó en pié,  
Vengo en aquesta ocasion.

ENRICO.  
¿Ay padre mio!  
ANARETO.  
No sé,  
Enrico, si aquese nombre  
Será razon que me cuadre,  
Aunque mi rigor te asombre.

ENRICO.  
Eso ¿es palabra de padre?  
ANARETO.  
No es bien que padre me nombre  
Un hijo que no creé en Dios.

ENRICO.  
Padre mio, ¿eso decis?  
ANARETO.  
No sois ya mi hijo vos,  
Pues que mi ley no seguís.  
Solos estamos los dos.

ENRICO.  
No os entiendo.  
ANARETO.  
¿Enrico, Enrico!  
A reprenderos me aplico  
Vuestro loco pensamiento,  
Siendo la muerte instrumento  
Que tan cierto os pronostico.  
Hoy os han de justiciar,  
¿Y no os queréis confesar!  
Buena cristiandad por Dios!  
Pues el mal es para vos,  
Y para vos el pesar.  
Aqueso es tomar venganza  
De Dios que el poder alcanza  
Del imperio cielo eterno.  
Enrico, ved que hay infierno  
Para tan larga esperanza.  
Es el quererte vengar  
De esa suerte, pelear  
Con un monte ó una roca,  
Pues cuando el brazo le toca,  
Es para el brazo el pesar.  
Es, con dañoso desvelo,  
Escupir el hombre al cielo  
Presumiendo darle enojos,  
Pues que le cae en los ojos  
Lo mismo que arroja al cielo.  
Hoy has de morir: advierte  
Que ya está echada la suerte;  
Confiesa á Dios tus pecados,  
Y así siendo perdonados,  
Será vida lo que es muerte.  
Si quieres mi hijo ser,  
Lo que te digo has de hacer.  
Si no (de pesar me aflijo),  
Ni te has de llamar mi hijo,  
Ni yo te he de conocer.

(Vase.)

ENRICO.  
Bueno está, padre querido;  
Que mas el alma ha sentido  
(Buen testigo dello es Dios)  
El pesar que teneis vos,  
Que el mal que espero afligido.  
Confieso, padre, que erré;  
Pero yo confesaré  
Mis pecados, y despues

Besaré á todos los piés,  
Para mostraros mi fe.  
Basta que vos lo mandeís,  
Padre mio de mis ojos.

ANARETO.  
Pues ya mi hijo seréis.  
ENRICO.  
No os quisiera dar enojos.  
ANARETO.  
Vamos porque os confeseis.

ENRICO.  
¡Oh! ¡cuánto siento el dejaros!  
ANARETO.  
¡Oh! ¡cuánto siento el perderos!

ENRICO.  
¡Ay ojos! espejos claros,  
Antes hermosos luceros,  
Pero ya de luz avaros.

ANARETO.  
Vamos, hijo.  
ENRICO.  
A morir voy:  
Todo el valor he perdido.

ANARETO.  
Sin juicio y sin alma estoy.  
ENRICO.  
Aguardad, padre querido.

ANARETO.  
¿Qué desdichado que soy!  
ENRICO.  
Señor piadoso y eterno,  
Que en vuestro alcázar pisais  
Cándidos montes de estrellas,  
Mi peticion escuchad.  
Yo he sido el hombre mas malo  
Que la luz llegó á alcanzar  
Deste mundo; el que os ha hecho  
Mas que arenas tiene el mar,  
Ofensas; mas, Señor mio,  
Mayor es vuestra piedad.  
Vos, por redimir el mundo  
Por el pecado de Adán,  
En una cruz os pusisteis:  
Pues merezca yo alcanzar  
Una gota solamente  
De aquella sangre real.  
Vos, Aurora de los cielos,  
Vos, Virgen bella, que estais  
De parainfos cercada,  
Y siempre amparo os llamais  
De todos los pecadores,  
Yo lo soy, por mí rogad.  
Decidle que se le acuerde  
A su sacra Majestad  
De cuando en aqueste mundo  
Empezó á peregrinar.  
Acordalde los trabajos  
Que pasó en él por salvar  
Los que inocentes pagaron  
Por ajena voluntad.  
Decidle que yo quisiera,  
Cuando comienzo á gozar  
Entendimiento y razon,  
Pasar mil muertes y mas,  
Antes que haberle ofendido.

ANARETO.  
Adentro priesa me dan.  
ENRICO.  
¡Gran Señor! misericordia.  
No puedo decirlos mas.

ANARETO.  
¡Que esto llegue á ver un padre!  
ENRICO. (Para sí.)  
La enigma he entendido ya  
De la voz y de la sombra:  
La voz era angelical,  
Y la sombra era el demonio.

ANARETO.  
Vamos, hijo.

ENRICO.

¿Quién oirá  
Ese nombre, que no haga  
De sus dos ojos un mar?  
No os apartéis, padre mio,  
Hasta que hayan de espirar  
Mis alientos.

ANARETO.

No hayas miedo.  
Dios te dé favor.

ENRICO.

Si hará,  
Que es mar de misericordia,  
Aunque yo voy muerto ya.

ANARETO.

Ten valor.

ENRICO.

En Dios confío.  
Vamos, padre, donde están  
Los que han de quitarme el sér  
Que vos me pudisteis dar. (Vase.)

—

Selva.

## ESCENA XVI.

PAULO.

Cansado de correr vengo  
Por este monte intrincado:  
Atras la gente he dejado  
Que á ajena costa mantengo.  
Al pié deste sauce verde  
Quiero un poco descansar,  
Por ver si acaso el pesar  
De mi memoria se pierde.  
Tú, fuente, que murmurando  
Vas, entre guijas corriendo,  
En tu fugitivo estruendo  
Plantas y aves alegrando,  
Dame algun contento ahora,  
Infunde al alma alegría  
Con esa corriente fria,  
Y con esa voz sonora.  
Lisonjeros pajarillos,  
Que no entendidos cantais,  
Y holgazanes gorjeais  
Entre juncos y tomillos,  
Dad con picos sonorosos  
Y con acentos suaves  
Gloria á mis pesares graves  
Y sucesos lastimosos.  
En este verde tapete,  
Gironado de cristal,  
Quiero divertir mi mal,  
Que mi triste fin promete.

(Echase á dormir, y sale el pastorcillo  
que se vió en el acto segundo, des-  
haciendo la corona de flores que an-  
tes teja.)

## ESCENA XVII.

PASTORCILLO. — PAULO.

PASTOR.

Selvas intrincadas,  
Verdes alamédas,  
A quien de esperanzas  
Adorna Amaltea;  
Fuentes que correis,  
Murmurando apriesa,  
Por menudas guijas,  
Por blandas arenas;  
Ya vuelvo otra vez  
A mirar la selva,  
Y á pisar los valles  
Que tanto me cuestan.  
Yo soy el pastor  
Que en vuestras riberas  
Guardé un tiempo alegre  
Cándidas ovejas.  
Sus blancos vellones

## EL CONDENADO.

Entre verdes felpas  
Girones de plata  
A los ojos eran.  
Era yo envidiado,  
Por ser guarda buena,  
De muchos zagales  
Que ocupan la selva;  
Y mi mayoral,  
Que en ajena tierra  
Vive, me tenia  
Voluntad inmensa,  
Porque le llevaba,  
Cuando queria verlas,  
Las ovejas blancas  
Como nieve en pellas.  
Pero desde el dia  
Que una, la mas buena,  
Huyó del rebaño,  
Lágrimas me anegan.  
Mis contentos todos  
Converti en tristezas,  
Mis placeres vivos  
En memorias muertas.  
Cantaba en los valles  
Canciones y letras;  
Mas ya en triste llanto  
Funestas endechas.  
Por tenerla amor,  
En esta floresta  
Aquesta guirnalda  
Comencé á tejerla.  
Mas no la gozó;  
Que engañada y necia  
Dejó á quien la amaba  
Con mayor firmeza.  
Y pues no la quiso,  
Fuerza es que ya vuelva  
Por venganza justa  
Hoy á deshacerla.

PAULO.

Pastor, que otra vez  
Te vi en esta sierra,  
Si no muy alegre,  
No con tal tristeza,  
El verte me admira.

PASTOR.

¡Ay perdida oveja!  
¿De qué gloria huyes,  
Y á qué mal te allegas!

PAULO.

¿No es esa guirnalda  
La que en las florestas  
Entonces tejias  
Con gran diligencia?

PASTOR.

Esta misma es;  
Mas la oveja necia  
No quiere volver  
Al bien que le espera,  
Y así la deshago.

PAULO.

Si acaso volviera,  
Zagalejo amigo,  
¿No la recibirias?

PASTOR.

Enojado estoy,  
Mas la gran clemencia  
De mi mayoral  
Dice que aunque vuelvan,  
Si antes fueron blancas,  
Al rebaño negras,  
Que las dé mis brazos,  
Y sin extrañeza  
Requiebro las diga  
Y palabras tiernas.

PAULO.

Pues es superior,  
Fuerza es que obedezcas.

PASTOR.

Yo obedeceré;

Pero no quiere ella  
Volver á mis voces,  
En sus vicios ciega.  
Ya de aquestos montes  
En las altas peñas  
La llamé con silbos,  
Y avisé con señas.  
Ya por los jarales,  
Por incultas selvas  
La anduve á buscar:  
¿Qué dello me cuesta!  
Ya traigo las plantas  
De jaras diversas  
Y agudos espinos,  
Rotas y sangrientas.  
No puedo hacer mas

PAULO.

En lágrimas tiernas  
Baña el pastorcillo  
Las mejillas bellas.  
Pues te desconoce,  
Olvidate de ella,  
Y no llores mas.

PASTOR.

Que lo haga es fuerza.  
Volved, bellas flores,  
A cubrir la tierra,  
Pues que no fué digna  
De vuestra belleza.  
Veamos si allá  
En la tierra nueva  
La pondrán guirnalda  
Tan rica y tan bella.  
Quedaos, montes míos,  
Desiertos y selvas,  
Adios, porque voy  
Con la triste nueva  
A mi mayoral;  
Y cuando lo sepa,  
(Aunque ya lo sabe)  
Sentirá su mengua,  
No la ofensa suya,  
Aunque es tanta ofensa.  
Lleno voy á verle  
De miedo y vergüenza:  
Lo que ha de decirme,  
Fuerza es que lo sienta.  
Diráme: «Zagal,  
¿Ansi las ovejas  
Que yo os encomiendo,  
Guardais?» ¡Triste pena!  
Yo responderé.....  
No hallaré respuesta,  
Si no es que mi llanto  
La respuesta sea. (Vase.)

## ESCENA XVIII.

PAULO.

La historia parece  
De mi vida aquesta.  
Deste pastorcillo,  
No sé lo que sienta;  
Que tales palabras  
Fuerza es que prometan  
Oscuras enigmas.....  
Mas ¿qué luz es esta  
Que á la luz del sol  
Sus rayos se afrentan?  
(Suena música, y se ven dos ángeles  
que llevan al cielo el alma de Enrico.)  
Música celeste  
En los aires suena,  
Y á lo que diviso,  
Dos ángeles llevan  
Una alma gloriosa  
A la excelsa esfera.  
¡Dichosa mil veces,  
Alma, pues hoy llegas  
Donde tus trabajos  
Fin alegre tengan!

(Encúbrese la apariencia; Paulo prosigue diciendo.)

Frutas y plantas agrestes,  
A quien el hielo corrompe,  
¿No veis cómo el cielo rompe  
Ya sus cortinas celestes?  
Ya rompiendo densas nubes  
Y esos transparentes velos  
Alma, á gozar de los cielos  
Feliz y gloriosa subes.  
Ya vas á gozar la palma  
Que la ventura te ofrece:  
Triste del que no merece  
Lo que tú mereces, alma!

### ESCENA XIX.

GALVAN. — PAULO.

GALVAN.  
Advierte, Paulo famoso,  
Que por el monte ha bajado  
Un escuadron concertado,  
De gente y armas copioso,  
Que viene solo á prendernos.  
Si no pretendes morir,  
Solamente, Paulo, huir  
Es lo que puede valernos.

PAULO.

¿Escuadron viene?

GALVAN.

Esto es cierto:  
Ya se divisa la hilera  
Con su caja y su bandera.  
No escapas de preso ó muerto,  
Si aguardas.

PAULO.

¿Quién la ha traído?

GALVAN.

Villanos, si no me engaño  
(Como hacemos tanto daño  
En este monte escondido),  
De aldeas circunvecinas  
Se han juntado.....

PAULO.

Pues matallos.

GALVAN.

¿Qué! ¿Te animas á esperarlos?

PAULO.

Mal quién es Paulo imaginas.

GALVAN.

Nuestros peligros son llanos.

PAULO.

Si, pero advierte tambien  
Que basta un hombre de bien  
Para cuatro mil villanos.

GALVAN.

Ya tocan. ¿No lo oyes?

PAULO.

Cierra,  
Y no receles el daño;  
Que ántes que fuese ermitaño,  
Supe tambien qué era guerra.

### ESCENA XX.

UN JUEZ, VILLANOS armados. —

PAULO, GALVAN.

JUEZ.

Hoy pagaréis las maldades  
Que en este monte habeis hecho.

PAULO.

En ira se abraza el pecho.  
Soy Enrico en las crueldades.

UN VILLANO.

Ea, ladrones, rendíos.

GALVAN.

Mejor nos está el morir.....

Más yo presumo que huir;

Que para eso tengo brios.

(Huye Galvan, y siguiente muchos villanos: Paulo se entra acuchillando á los demas. Vanse todos.)

PAULO. (Dentro.)

Con las flechas me acosais,

Y con ventaja reñis:

Mas de doscientos venis

Para veinte que buscáis.

JUEZ. (Dentro.)

Por el monte va corriendo.

(Baja Paulo por el monte rodando lleno de sangre.)

PAULO.

Ya no bastan piés ni manos;

Muerte me han dado villanos;

De mi cobardia me ofendo.

Volveré á darles la muerte.....

Pero no puedo. — ¡Ay de mí!

El cielo, á quien ofendi,

Se venga de aquesta suerte.

### ESCENA XXI.

PEDRISCO. — PAULO.

PEDRISCO.

(Sin ver á Paulo que está moribundo en el suelo.)

Como en las culpas de Enrico

No me hallaron culpado,

Luego que públicamente

Los jueces le ajusticiaron,

Me echaron la puerta afuera,

Y vengo al monte. — ¿Qué aguardo?

¿Qué miro! La selva y monte

Anda todo alborotado.

Alli dos villanos corren,

Las espadas en las manos.

Alli va herido Fineo,

Y alli huyen Celio y Fabio,

Y aqui ¡qué gran desventura!

Tendido está el fuerte Paulo.

PAULO.

¿Volveis, villanos, volveis?

La espada tengo en la mano:

No estoy muerto, vivo estoy,

Aunque ya de aliento falto.

PEDRISCO.

Pedrisko soy, Paulo mio.

PAULO.

Pedrisko, llega á mis brazos.

PEDRISCO.

¿Cómo estás así?

PAULO.

¡Ay de mí!

Muerte me han dado villanos.

Pero ya que estoy muriendo,

Saber de tí, amigo, aguardo

Qué hay del suceso de Enrico.

PEDRISCO.

En la plaza le aborcaron

De Nápoles.

PAULO.

Pues así,

¿Quién duda que condenado

Estará al infierno ya?

PEDRISCO.

Mira lo que dices, Paulo;

Que murió cristianamente,

Confesado y comulgado,

Y abrazado con un Cristo,

En cuya vista enclavados

Los ojos, pidió perdon,

Y misericordia, dando

Tierno llanto á sus mejillas,

Y á los presentes espanto.

Fuera de aqueso, en muriendo

Resonó en los aires claros

Una música divina;

Y para mayor milagro

Y evidencia mas notoria,

Dos parainfos alados

Se vieron patentemente,

Que llevaban entre ambos.

El alma de Enrico al cielo.

PAULO.

¡A Enrico, el hombre mas malo

Que crió naturaleza!

PEDRISCO.

¿De aquesto te espantas, Paulo,

Cuando es tan piadoso Dios?

PAULO.

Pedrisko, eso ha sido engaño:

Otra alma fué la que vieron,

No la de Enrico.

PEDRISCO.

¡Dios santo,

Reducilde vos!

PAULO.

Yo muero.

PEDRISCO.

Mira que Enrico gozando

Está de Dios: pide á Dios

Perdon.

PAULO.

¿Y cómo ha de darlo

A un hombre que le ha ofendido

Como yo?

PEDRISCO.

¿Qué estás dudando?

¿No perdonó á Enrico?

PAULO.

Dios

Es piadoso.....

PEDRISCO.

Es muy claro

PAULO.

Pero no con tales hombres.

Ya muero, llega tus brazos.

PEDRISCO.

Procura tener su fin.

PAULO.

Esa palabra me ha dado

Dios: si Enrico se salvó,

Tambien yo salvarme aguardo. (Muere.)

PEDRISCO.

Lleno el cuerpo de lanzadas,

Quedó muerto el desdichado.

Las suertes fueron trocadas.

Enrico, con ser tan malo,

Se salvó, y este al infierno

Se fué por desconfiado.

Cubriré el cuerpo infeliz,

Cortando á estos sauces ramos.

(Lo hace.)

Mas ¿qué gente es la que viene?

### ESCENA XXII.

EL JUEZ, LOS VILLANOS, GALVAN,  
preso.—PEDRISCO; PAULO, muerto  
y oculto.

JUEZ.

Si el capitan se ha escapado,

Poca diligencia ha sido.

UN VILLANO.

Yo lo vi caer rodando,

Pasado de mil saetas,

De los altivos peñascos.

JUEZ.

Un hombre está aquí (1): prendedle.

PEDRISCO. (Ap.)

¡Ay Pedrisko desdichado!

Esta vez te dan carena.

(1) Suplido.

PAULO.

Si á Paulo buscando vais,

Bien podeis ya ver á Paulo,

Ceñido el cuerpo de fuego,

Y de culebras cercado.

No doy la culpa á ninguno

Solo á mí me doy la culpa,

Pues fui causa de mi daño.

Pedi á Dios que me dijese

El fin que tendria, en llegando

De mi vida el postrer dia:

Ofendile, caso es llano;

Y como la ofensa vió

De las almas el contrario,

Incítome con querer

Perseguirme con engaños.

Forma de un ángel tomó,

Y engañóme; que á ser sabio,

Con su engaño me salvara;

Pero fui desconfiado

De la gran piedad de Dios,

Que hoy á su juicio llegando,

Me dijo: «Baja, maldito

De mi padre, al centro airado

De los oscuros abismos,

Adonde has de estar penando.»

¡Malditos mis padres sean

Mil veces, pues me engendraron!

¡Y yo tambien sea maldito,

Pues que fui desconfiado!

(Húndese, y sale fuego de la tierra.)

JUEZ.

Misterios son del Señor.

GALVAN.

¡Pobre y desdichado Paulo!

PEDRISCO.

¡Y venturoso de Enrico,

Que de Dios está gozando!